

según dicen malas lenguas, le sacó nada menos que quinientos mil francos. Imaginaos con qué desenfreno se daría la infeliz, nombrado Calonne, almerodeo del tesoro. Su ánimo y familia, había padecido mucho en el periodo de las economías, porque recayeron éstas en su casa ó sea en las dependencias denominadas cuarto de la Reina. Polignac, el grande amigo suyo, como le hubieran suprimido su puesto, declaraba que no podía éste suprimirse, y sin embargo presentaba su dimisión entre desdeñoso y arrogante á la Reina; creyendo que debió haberle defendido con más empeño. No se oían sino quejas del corte parsimonioso dado á los presupuestos. «Ya el Rey, exclamaban las gentes de Palacio, no va como Luis XIV, rodeado de mosqueteros, va rodeado, como un criminal, de gendarmes». Apelando á los mismos recursos que usaban los revolucionarios contra ella, ponía la Reina en sus palacines y teatritos sainetes y entremeses contra los ministros reformistas, después de haberlos por tanto tiempo sufrido contra su voluntad, sin pensar cómo recibiría la opinión un ministro todo de ella y todo para la corte. Sociable, comunicativo, galante, hablador; dispuesto á todo, risueño con todos, pródigo de alabanzas y más pródigo de promesas, asistente á los bailes, amigo de conversar con todas las duquesas; arrastrándose bajo el pie de los poderosos y vendiéndoles el poder conseguido por larguezas del Tesoro sacadas, y sin pensar en la próxima bancarrota, no podía temer Calonne ningún rival, ni ninguna rivalidad. Así volvieron las antiguas fiestas, y Versalles fué un baile continuo. «Necesitaban un haendista, decía Figaro, de los reyes, y buscaron un bailarín.» ¿Cómo no habían de buscarlo? Tras las catonadas de Turgot y tras las repulsas de Necker, Calonne, exclamaba, respondiendo á un empeño de la Reina: «Si lo pedido por V. M. es difícil, ya está hecho; si es imposible, se hará.» Y así le sacaron veinticinco millones de francos el príncipe Luis (Provenza); sesenta millones de francos el príncipe Carlos (Artois); «el Rey, la compra de Bambuillet; S'Cloud, la Reina; y todos los nobles fueron al Tesoro con sus manos lavadas para extraer provechos y más provechos, dones y más dones, cantidades y más cantidades, cual si fuese un pozo inagotable. Se iba, pues, derechamente á la bancarrota; no había remedio en lo humano. La guerra de América costó mil millones. El cúmulo de los empréstitos hechos por Necker ascendió á más de cien millones. La deuda flotante resistiase á todo cálculo. El interés de los valores emitidos y de las deudas contraídas tomaba enormes proporciones. Iba la nave del Estado sin piloto y sin timón por una deshecha borrasca. Tres años duró la reacción subsiguiente al gobierno de los dos reformadores y en los tres años se acabó de condensar la revolución y se acabó de perder la monarquía.

¡Y en qué tiempo se cometió esta falta política! Cuando las ideas más abstrusas pasaban á las inteligencias más oscuras; cuando el verbo de la revolución se difundía por todos los abismos sociales como una luz misteriosa que penetrara en las tinieblas; cuando se transfiguraba el espíritu humano. América había venido en el Renacimiento como una aparición brillantísima á destruir el misticismo sombrío de la Edad Media y á traer la

confianza en el hombre creador y en la naturaleza exuberante de vida, como si hubiera perdido las manchas de la culpa y reentrado en la inocencia y en la pureza del Paraíso. Nunca pudo aparecer este continente nuevo en sazón tan oportuna como al resucitar el mundo griego de la belleza plástica en las artes y el principio de la libertad interior en la religión y en la conciencia. Los terrores, que paralizaban al hombre y lo tenían como postrado á los conjuros de la teocracia y á la coyunda del feudalismo, se desvanecieron por completo en esta revelación de las fuerzas del espíritu humano verdaderamente creador y en esta inundación de una vida verdaderamente nueva. Pero aún era más extraño, debiéramos decir, más providencial, que, al penetrar el espíritu moderno en las instituciones, al pretender la razón el gobierno y la dirección del mundo, al revelarse los derechos fundamentales humanos, al sentirse las sociedades regidas por leyes propias y las naciones en plena posesión de su soberanía; cuando un nuevo pueblo con un nuevo Evangelio social en las manos surgía removiendo las piedras de los castillos, las bases de los altares y de los tronos, allá en la prestigiosa América, un pueblo á su vez originado de otro tan supersticioso por el derecho y por la tradición como el pueblo inglés, prescindiese de reyes, de aristocracias, de iglesias oficiales, y por el pacto que parecía fantástico sueño de filósofos, por la revolución que parecía un extraño magnetismo, por el consentimiento de todos los ciudadanos que se presentaba como una utopía imposible, estableciese la soberanía práctica del pueblo, el derecho natural del hombre, la democracia en la política y en la administración, el jurado como áncora de la justicia, el sufragio universal como único criterio de la soberanía, la Constitución como obra de todos los ciudadanos, añadiendo estas maravillas del pensamiento á las maravillas de la naturaleza aumentadas por el prestigio de la distancia y por la visión del porvenir que tenía en aquel momento como por una corriente magnética el humano espíritu.

No es decible la influencia que esta grande transformación tuvo sobre los espíritus. Como el lejano sol fecunda el germen que se esconde en la tierra; y el melancólico disco de la luna levanta las mareas en el Océano, atrajo América á Europa y levantó su espíritu y fecundó su conciencia. La vieja España, esta tierra de la Inquisición y de la monarquía, se declaró por la libertad y por la independencia de esa América del Norte, y arrastró en su política al gobierno de Francia. En vano María Teresa excitaba á su hija para que socorriese al de Austria; en vano José II ponía ante los ojos de su hermana el deber que tenía de auxiliar á un imperio que debía quedarse con la Baviera, con todo el Danuvio, con la mitad del inmenso patrimonio otomano; los reyes de Francia sólo mandaron á tales excitaciones quince millones de francos, disponiendo todo el oro allegado por Necker para la guerra, de mandada á gritos por su pueblo, la guerra contra la Gran Bretaña y en favor de la republicar a América. Todos los que miraban el ideal y lo veían purísimo en los cielos de la conciencia, deliberaban fuera de sí, á la vista de un mundo que surgía de la pura razón y so-

terraba la coyunda de las instituciones históricas. Las grandes damas, movidas por la elocuencia de Rousseau al amor de la libertad y á la lactancia de sus hijos, preguntaban si era verdad que el pacto social se iba á escribir á sus ojos por un pueblo joven, y en el seno immaculado de una tierra virgen. Los nobles, cuyos ascendientes habían oido la voz de los ermitaños, oían la voz de los filósofos, y, en lugar de embarcarse para libertar la tumba donde estaba encerrado el Cristo de la Edad Media, embarcábanse, dejando su familia y sus castillos, para defender la cuna de aquella democracia que iba de un soplo á destruir todos sus privilegios y á borrar todos sus blasones. Un cuákero humildísimo, hijo de trabajadores, y de trabajadores padre; con clavos en sus zapatos y no hebillas, con traje de paño burdo, y no de brocados lucentes, con el bastón de los jornaleros empuñado como un cetro; sin coleta á la espalda y sin polvos en los cabellos ni encajes al pecho; austero como la virtud, sencillo como la verdad, franco como la honradez, lleno de sentido común como el pueblo; después de haber agotado todos los medios de conciliación con Inglaterra, venía á Francia para demandar auxilio en el combate, y se presentaba ante ella con el rayo de los cielos vibrando en sus manos, y los reyes de la tierra humillados á sus plantas; héroe de la ciencia y de la política, revelador de la sociedad y de la naturaleza, personificación sublime de esa trinidad deslumbradora: de la libertad de la democracia y de la república. No había remedio: la aparición de América en Europa, al madurar la revolución, era tan transcendental, como la aparición de América en Europa al madurar el Renacimiento. El mundo entero creyó en el triunfo definitivo del derecho sobre la fuerza, y en la superioridad de las instituciones democráticas sobre las instituciones antiguas. Lord Chatam, seguido de una corte de nobles ingleses, entraba en el Parlamento, con la desesperación del vencido en el alma y la agonía de la muerte en el pecho, para anunciar la inminencia del peligro y la aparición de la democracia; muriendo á los pocos días en grande tristeza, como Juliano, al ver la ruina de sus preclaros dioses y la victoria de los humildes galileos.



CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

El primer ciudadano.

DESCONOCERÍA por completo la Revolución francesa quien desconociese á uno de sus factores primeros, al célebre Beaumarchais, que llena con su personalidad el escenario todo en el período, cuyas fases ahora vamos describiendo. Así que decimos tal nombre, las gentes imaginan encontrarse con un literato más ó menos célebre, cuya principal calidad es un estro cómico mayor ó menor en extensión y en intensidad. *El Barbero de Sevilla*, inmortalizado por la música, en que lo bordara Rossini, así como *El Matrimonio de Figaro*, célebre por el combustible que arrojara en el incendio de la revolución, aparecen eclipsando las demás obras del autor, y haciendo poner en olvido los progresos que su flexible y vario genio nos grangeó en materias tan graves y transcendentales, como la recta indispensable administración de justicia. Creía la generalidad de que ha pintado en Figaro su persona, imaginan á Beaumarchais pervertido en costumbres, fácil á las más contrarias emociones, dominado por el afán de divertirse y holgarse con todo y con todos; dispuesto á meterse donde no le llaman; intrigante, cabalista, soplón, chismosísimo; un zurcidor de voluntades como aquellos antiguos que nos describiera Cervantes en sus novelas; especie de culto esbirro, tan apto para urdir una intriga en los regios alcázares, como para imitar un motín en los clubs revolucionarios. Todos se acuerdan de su origen humilde, contrastando la vanidad personal suya; y de sus oficios manuales abandonados por empleos lucrativos; y de sus viajes misteriosos; y de sus cargos adquiridos á dinero; y del drama que urdió en Madrid